

BX2182

F3

V.L



FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

Imprenta a cargo de R. Ludeña,
Calle de Silva, 47 y 49, bajo.

TODO POR JESÚS.

CAPÍTULO I.

ACCION DE GRACIAS.

Olvido de la accion de gracias.—Espíritu de la Eucaristía.—Faltas de las personas piadosas.—Los tibios, ordinariamente pagados de sí mismos.—Paternal providencia de Dios.—El Espíritu de accion de gracias, característico de los Santos.—Devocion al Verbo eterno.—Prácticas.—Tradicion judía de Filon.—Varios objetos de accion de gracias.—1.º Beneficios comunes.—2.º Beneficios personales.—3.º Aficciones.—4.º Beneficios insignificantes.—5.º Beneficios varios.—6.º Criaturas irracionales.—7.º Beneficios de nuestros enemigos.—Apostolado de la Oracion.—8.º Ángeles y Santos.—9.º Sobrenaturalismo de la Iglesia y don de la fe.—Santa Juana Francisca de Chantal.—10. La Santa Misa.—Materiales para la accion de gracias despues de la Misa y Comuni.ª.—Nuestra correspondencia hasta el presente á los beneficios divinos.—Frutos espirituales de la accion de gracias.—Aplicacion de la accion de gracias á los tres instintos de los Santos.

SECCION I.

Olvido de la accion de gracias.

Todo cuanto llevamos dicho en el tomo primero de la presente obrita, se reduce evidentemente

á esto, es á saber, que como el Evangelio no sea más que una ley de puro amor, no debemos contentarnos simplemente con salvar nuestra alma; ó mejor dicho, que arriesgamos nuestra propia salvacion, si no tratamos de hacer algo, bien con obras, ó ya con oraciones, á favor del alma de nuestros hermanos. Además, siendo el Evangelio una ley de amor, preciso es que nuestra religion sea asimismo en lo posible un servicio de amor; y en su consecuencia, que corremos un grave peligro de condenarnos, si miramos la vida presente solo como una oportunidad de alcanzar el cielo por los medios más fáciles posibles, y con la mera observancia de los preceptos rigurosamente necesarios, poniendo á un lado, cual asuntos que no nos conciernen, la gloria de Dios, intereses de Jesús y salvacion de las almas. Paréceme que no he sido demasiado exigente con vosotros: yo no os he propuesto, bien lo sabeis, austeridad alguna corporal, ni un extraño alejamiento del mundo en que vivís: tampoco os he ordenado que aspireis á la cumbre de la contemplacion, al amor del sufrimiento, ó á que vayais, en pos de algun penoso recogimiento interior, á una singular y difícil presencia sensible de Dios nuestro Señor. Me he contentado con poner delante de vuestros ojos aquellas prácticas y consejos de los

Santos, con cuyo auxilio podeis dulcemente ocuparos un poco más de Dios con alguna mayor facilidad y no menor amor. Ni siquiera he llegado á deciros: *Haced esto á lo ménos; es necesario que no omitais aquello*: todo lo he dejado á vuestra eleccion y á vuestro amor. Mi único objeto no es otro que persuadir á alguno de mis hermanos, uno solo que fuese me daria entónces por muy satisfecho, que ame un poquito más á Dios por ser quien es. El orden de mi plan me lleva naturalmente, y como por la mano, á ocuparme ahora de la accion de gracias. Ya hemos visto cómo nuestro Señor dulcísimo, en su amor inefable, nos hace primeramente donacion de todos sus tesoros, para que nuestra intercesion, unida al ofrecimiento de semejantes riquezas, sea más eficaz y provechosa; y en segundo lugar, cómo, además de tan incomparable fineza de su abrasada caridad, nos permite que engrandezcamos nuestras más triviales acciones, uniéndolas á sus divinos merecimientos y santas intenciones. Pero aquellos ricos tesoros, no ménos que el privilegio inestimable del engrandecimiento de nuestras mas pequeñas acciones, no son aplicables únicamente á la oracion de intercesion, sino que sirven tambien para la accion de gracias, y las alabanzas y deseos:

en el presente capítulo me ocuparé de la acción de gracias; y las alabanzas y deseos serán objeto exclusivo del inmediato.

No hay cosa que se halle más en abierta oposición con la religión práctica de la mayor parte de los hombres, como el deber de la acción de gracias; así es que no es fácil llegar á encarecer debidamente el extraño olvido del agradecimiento. Poco es, en efecto, y bien escaso el tiempo que hoy se consagra á la práctica de la oración; pero todavía es menor el que se dedica á la acción de gracias: por cada millon de Padre nuestros y Ave-Marías que elevan los hombres de la tierra al cielo, ya para preservarse de algún mal, ó bien para conseguir cualquier beneficio, ¿cuántos creéis que dirigen al trono del Altísimo en acción de gracias por los males evitados ó beneficios recibidos? Y no es difícil hallar la razón de conducta tan extraña. En efecto, nuestro propio interés nos lleva naturalmente á la oración; y solo el amor nos conduce á la acción de gracias: quien solamente desea librarse de las penas del infierno, sabe á ciencia cierta que tiene que rogar; pero semejante sugeto vese privado de un estímulo parecido que le impulse fuertemente á la práctica de la acción de gracias. Y no se vaya á creer que esto es de ahora: nunca

oración alguna salió más de corazón, que aquella fervorosa súplica y exclamación piadosa de los diez leprosos del Evangelio, luego que vieron á Jesús entrando en una aldea: el deseo mismo de ser oídos, les hizo atentos y corteses: paráronse de lejos por miedo de disgustarle si se le acercaban con enfermedad tan asquerosa como la suya; proceder que nos descubre muy á las claras que no conocían á nuestro Señor amoroso, ni sabían asimismo que había llegado su humillación hasta el punto de ser contado por un leproso entre los hijos de los hombres:—«Alzaron su voz diciendo: *¡Jesús, Maestro, ten misericordia de nosotros!* Luego que se obró el milagro, nueve, llenos de un gozo egoísta, continuaron su camino para mostrarse al sacerdote; pero uno, ¡uno solamente! ¡y este, un infeliz y proscrito samaritano!, apenas vió que había quedado limpio, volvióse glorificando á Dios á grandes voces, y se postró en tierra á los piés de Jesús, dándole gracias por la merced que le había otorgado! Hasta el Sagrado Corazón de Jesús quedó entonces como atónito y asombrado, y le dijo: *¿Por ventura no fueron diez los limpios? dónde, pues, están los nueve? ¡Ay! no hubo quien volviese á dar gracias á Dios sino este extranjero!* ¡Cuántas veces no hemos nosotros causado la

misma desagradable sorpresa al Sacratísimo Corazón de Jesús!

Cuando el olvido de un deber llega hasta el punto de espantarnos, cual nos sucede indudablemente con el olvido de la acción de gracias, natural es que se desee saber cuánta es la obligación que pesa sobre nosotros acerca del asunto; y para ello, ningún medio existe más á propósito como la autoridad de las Escrituras. Dice San Pablo, escribiendo á los de Efeso, que debemos ocuparnos en *dar siempre gracias por todas las cosas al Padre y Dios, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo; (1) que abundemos en toda sencillez, la cual hace que demos gracias á Dios (2)*. Amonestaba igualmente á los Filipenses *á no ser solícitos de cosa alguna, sino con toda oración y ruegos, con hacimiento de gracias, sean manifestadas sus peticiones delante de Dios; (3)* y á los de Colosa les escribe el mismo Apóstol, que *así como recibieron al Señor Jesucristo, procuren andar en Él, arraigados y sobreedificados en su Persona, confirmados en la fe, según lo aprendieron, creciendo y abundando en Él mismo con acción de gracias;*

(1) Cap. V. v. 20.

(2) II Cor. cap. IX. v. 11.

(3) Cap. IV. v. 6.

(1) y añade en otro pasaje de la carta, que *perseveren en oración, velando en ella con hacimiento de gracias (2)*:—Dice, prosigue San Pablo, hablando á Timoteo, que *Dios nuestro Señor crió las viandas para que fuesen recibidas con acciones de gracias por los fieles y aquellos que conocieron la verdad; porque es buena toda criatura de Dios, y no es de desechar nada de cuanto se recibe con acción de gracias (3)*:—*El desagradecimiento, concluye el Apóstol, era lo que caracterizaba á los gentiles; pues conociendo á Dios, no le glorificaron como á tal, ni le dieron gracias (4)*.

¿Qué es nuestra vida en la tierra más que una preparacion para la vida real del cielo? Y en cuál otra ocupacion emplearemos allá nuestra vida sino en alabanzas y acciones de gracias? ¿Qué lenguaje es el de los Ángeles, ancianos y criaturas vivientes del Apocalipsis más que *Bendicion, y gloria, y sabiduría, y acción de gracias, honra, y virtud, y fortaleza á nuestro Dios por los siglos de los siglos: Amen?* Cierto es que estamos incesantemente invocando

(1) Cap. II. v. 7.

(2) Cap. IV. v. 2.

(3) I Tim. cap. IV. v. 3.

(4) Rom. cap. I. v. 21.

á la santísima Virgen, á los Ángeles y Santos de la Côte celestial; que sabemos y tenemos seguridad que se ocupan allí sin descanso en rogar por nosotros; pero con todo, ¿me faltan á mí acaso razones para sostener que al representarnos el cielo en nuestra mente, las más de las veces nos le imaginamos como mansion de alabanzas y acciones de gracias, y no como lugar de oracion? Más aun: algunos siervos de Dios, teniendo la muerte ante los ojos, luego que la vida del cielo comienza sobre ellos á proyectar rayos de vivísima luz, como si ya estuviesen oyendo los cantares angélicos, y gozando, embelesados, de su dulce melodía; gastan en acciones de gracias aquellas horas espantosas que, más que todas las de la vida, exigen humildes peticiones, y oraciones de compuncion y de lágrimas. Así es que cuando el Beato Pablo de la Cruz cayó gravemente enfermo, pasaba los dias ocupado en alabanzas y acciones de gracias, repitiendo á menudo, con singular devocion, aquellas palabras del Gloria: *Os damos gracias por vuestra grande gloria*: palabras que habian sido siempre su jaculatoria favorita; y exhortaba con frecuencia á sus religiosos á usarla todas las veces que tuviesen entre manos algun negocio particular, diciendo con encendido fervor de su

corazon: *A la mayor gloria de Dios*. Otras veces, postrándose el siervo de Dios en espíritu delante del trono de la Beatísima Trinidad, exclamaba, inflamado en la llama del divino amor: *¡Santo, Santo!; ó, ¡Bendicion, y claridad! etc.*; alabanza que solia llamar la cancion del paraíso.

Ahora bien; la Iglesia militante es un reflejo de la Iglesia triunfante, el culto de la una es el eco é irradiacion del culto de la otra; y como la vida del cielo es una vida de alabanzas y accion de gracias, así en su medida debe ser la vida de la tierra. El centro de todas nuestras adoraciones es la Eucaristia, esto es, segun expresa la palabra, el sacrificio de accion de gracia: todo toma su tono de la Eucaristia: todo en la Iglesia de Dios recibe su irradiacion del Santísimo Sacramento, y el espíritu de la Eucaristia debe hallarse por doquiera; así es que hasta los Judios creian, segun testimonio de Wetstein, apoyado en el Talmud, que llegaria un dia en que cesase toda oracion, excepto la oracion de accion de gracias. Pero volvamos á nuestro asunto, el cual no es otro más que la accion de gracias considerada como parte de nuestro servicio de amor. Supongamos, pues, que la verdadera idea del culto fuese aquella

que envuelve la práctica comun de la mayor parte de los hombres, es decir, una simple oracion al Omnipotente; ¿qué relaciones serian entónces las nuestras para con nuestro Dios y Señor? Él es nuestro Rey, nuestro Superior, el Guardian de nuestros tesoros y la Riqueza misma por esencia: acudimos ante su divino acatamiento para pedirle algun favor, y es para nosotros lo que un rico para un mendigo; el propio interes, hé aquí cual seria entónces el objeto principal de todas nuestras adoraciones. Ó bien tememos su divina justicia, y deseamos vernos libres del castigo que merecemos, y que se nos perdonen nuestras culpas; es compasivo, y oirá nuestras plegarias, como seamos importunos. Si, pues, todo nuestro culto consistiese solamente en la oracion, claro está que no podríamos en tal caso elevarnos á otras consideraciones más levantadas. Pero no se vaya por eso á creer que yo excluya la oracion del culto católico: no desconozco que es uno de sus constitutivos esenciales, y en su consecuencia, enteramente necesaria para nuestro adelantamiento en la vida espiritual, porque la oracion nos enseña á depender de Dios, y la oracion despachada, á poner en Él toda nuestra confianza; mas no se contenta la infinita Bondad con esto solamente: quiere

que pasemos más adelante todavía, pues que tenemos que vivir en compañía suya por toda la eternidad: y Dios ha de ser nuestro gozo perdurable; y la verdadera felicidad del hombre consiste en conocerle y amarle, y el amor divino es la dulce y sempiterna alabanza que se rinde al Altísimo por los siglos de los siglos. Así como el espíritu de oblacion, esto es, la facultad de ofrecer al Señor presentes, nos pone en relaciones más afectuosas y familiares hácia su divina Persona; así igualmente sucede con el espíritu de accion de gracias. Mostrarnos agradecidos á un bienhechor, únicamente con el fin de conseguir de él mayores beneficios; semejante agradecimiento no es un acto de accion de gracias, sino una forma halagüeña de oracion, una peticion disfrazada. Menester es, pues, que demos rendidas acciones de gracias á Dios nuestro Señor, por que le amamos, por que el amor que tiene la dignacion de profesarnos, hiere, y eleva, y embelesa, y domina, y arrebatata nuestro ánimo, igualmente que nuestro corazon. En efecto, tan cierto es que la accion de gracias es asunto de amor, que allí en el cielo, el agradecimiento al Dios omnipotente será nuestra eterna ocupacion, luego que nos haya dado la corona de la Vision Beatifica, cuando nos haya otorgado todo

lo que seamos capaces de contener, y no pueda ya quedarnos cosa alguna de por recibir: la accion de gracias es, pues, la verdadera esencia del culto católico; y así como la práctica de tan piadoso ejercicio acrecienta nuestro amor, así su olvido nos descubre claramente el poco amor que atesora nuestro corazon.

Si tenemos fundado motivo para apiadarnos de Dios, permítasenos este lenguaje atrevido de San Alfonso de Ligorio, por los ultrajes con que los hombres ofenden á su Majestad soberana; con más sobrada razon deberemos compadecerle, viendo la ruindad y miseria de las acciones de gracias que se atreven á ofrecerle en agradecimiento á sus singulares mercedes y dádivas graciosas. Aun entre nosotros, no hay cosa tan odiosa como la ingratitud; y la ingratitud es, sin embargo, el alimento diario que osamos ofrecer al mismo Dios omnipotente! No existen palabras que puedan encarecer las infinitas larguezas con que el Señor se ha servido colmar á sus criaturas: son inagotables los riquísimos mineros de incomparable misericordia que encierran los títulos que tanto le enaltecen, á saber, de Criador, Rey, Redentor, Padre y Pastor: gusta sobremanera que sus hijos, los hombres, se muestren agradecidos á las singu-

lares mercedes que tiene la dignacion de otorgarles; porque todo cuanto exige de nosotros es amor, y semejante deseo de parte suya es en sí mismo un acto de infinita caridad hácia sus criaturas: fué, últimamente, voluntad de Dios hacer depender su gloria divina de nuestro agradecimiento; y ¿llegará á tal punto nuestra perfidia que nos atrevamos á negársela con la más negra ingratitud?

Pero lo peor de todo es que semejante ultraje no se le hacen aquellos que son enemigos suyos, y en cuya conversion puede su infinita misericordia ganar ricos tesoros de gloria entre los hijos de los hombres; le recibe de su propio pueblo predilecto, de aquellos que frecuentan los Sacramentos y hacen profesion de piedad, de aquellos, en fin, á quienes está Él diariamente enriqueciendo y colmando con singulares dones y especiales larguezas del Espíritu Santo! No pocos de nosotros llegamos á horrorizarnos á la vista del pecado y sacrilegio; afligennos y angustian nuestro corazon los dias del Carnaval; los escándalos punzan vivamente nuestra alma, y la herejía causa en nuestro espíritu un verdadero sufrimiento, un escozor desagradable, bastante parecido al que produce el humo en los ojos. Todo esto es muy bueno y soberanamente loable;

pero con nuestro culpable olvido de la accion de gracias continuamos rehusando á Dios la gloria que le es debida: á muy poca costa podríamos glorificar á nuestro Padre celestial, y difícilmente llega, no obstante, á ocurrirnos semejante pensamiento; y ¿nos atreveremos todavía á sostener que le amamos real y verdaderamente? Lo único que nosotros debemos hacer, — ¿cuántas veces habrá que repetir lo mismo? — es amar á Dios, y promover su mayor gloria. ¡Librenos el Señor de que lleguemos á imaginar que tenemos alguna otra cosa más en que emplearnos! Corramos, pues, el mundo; demos vueltas por toda la redondez del globo, buscando estas olvidadas perlas de la corona de gloria de nuestro Padre celestial, y ofrezcámoselas en rendida adoracion. ¿Cómo tenemos valor para desear ocuparnos en cualquier otro asunto, ménos en el importantísimo negocio de la gloria de Dios? Siervos suyos ha habido que hasta llegaron á desear no morir nunca, para que, viviendo siempre en la tierra, glorificasen á Dios con mayores sufrimientos. Claro está que no es fácil abriguemos nosotros semejantes deseos; mas pueden aprovecharnos grandemente, porque nos descubren el poco amor que profesamos á tan cariñoso Padre; y paré-

ceme que semejante manifestacion es ya una gran cosa. Concíbese fácilmente que se engañen los hombres, llegando á persuadirse que aman á Dios, cuando ni siquiera mantienen viva una sola centella de este fuego celestial; ó bien, que abriguen deseos de amarle, y no sepan cómo hacerlo; pero ¿es posible que uno conozca lo poco que ama á Dios, y la facilidad que tiene para amarle más cada dia, y, con todo, no desee hacerlo así? Jesús murió para impedir semejante posibilidad; y ¿habrá muerto en vano?

Perdóneseme si vuelvo á repetir que no encuentro cosa alguna reprehensible en el olvido de la accion de gracias por parte de los pecadores que viven separados de la gracia de Dios y alejados de los Sacramentos; porque semejantes sujetos tienen que ocuparse en otros negocios, es á saber, en hacer penitencia, reconciliarse con su Dios y Señor, y lavar de nuevo sus almas en la Preciosa Sangre de Jesucristo. El olvido de la accion de gracias es una ingratitud que nuestro Señor dulcísimo ha de echar en cara, solamente á aquellos hijos suyos á quienes ha perdonado sus culpas; á aquellos que viven en su amistad, y están gozando pacíficamente de todos sus privilegios y divinas mercedes; y hé aquí una ingratitud que merece ser notada con espe-

cial cuidado, y sobre la cual es menester que fijemos toda nuestra atencion. Efectivamente; tengo para mí, que las faltas de las personas piadosas,—no hablo de aquellos lijeros deslices y flaquezas propias de la misera condicion humana, sino de las faltas de tibieza y frialdad; —encierran una especial odiosidad que las es propia; y acaso sea esta la razon por qué emplea Dios en el Apocalipsis un lenguaje tan inusitado, y lleno de viveza y energía, contra la flojedad y tibieza. Cuando los Ángeles preguntaron al Señor, despues de su Ascension gloriosa á los cielos, qué heridas eran aquellas que llevaba en sus manos, ¡oh cuán significativa es la contestacion que nuestro Señor adorable tuvo la dignacion de darles!—*Son*, les dijo, *las heridas que he recibido en la casa de mis amigos.*

Paréceme no estaria demas que se escribiese un tratado, cuyo titulo fuese el siguiente: *Pecados de las Personas Piadosas*; porque son dichas culpas muy numerosas y variadas, y contienen una particular malicia y odiosidad, siendo la ingratitud uno de sus principales caracteres: tenedlo bien presente, siquiera miéntras nos ocupamos de la accion de gracias. Hé aquí, pues, un asunto que solo interesa á los buenos católicos, esto es, á los hombres y mujeres que oran

que frecuentan los Sacramentos, y forman la porcion escogida y devota de nuestras congregaciones; y cualquier reconvencion sobre el particular, se dirige únicamente contra dichos sujetos. Y no es por cierto pequeña consolacion, que pueda uno expresarse con semejante franqueza; porque las gentes tibias están por lo comun tan pagadas de sí mismas, que, como digo, es un verdadero consuelo poder llamarlas aparte, hablándolas allí al oido de la manera siguiente:—«Al presente nada tenemos que ver con los pecadores; no podeis hacerles responsables de cosa alguna, vosotros sois los únicos culpables, y la reprobacion, exclusivamente vuestra: trátase aquí de una obligacion que si no la practicais por amor de Dios, sois unos miserables y malvados: malvados, sí, bien lo sabeis que este es el término propio, el epíteto conocido que se da á los ingratos; y con todas vuestras oraciones y Sacramentos no cumplís, sin embargo, ¡oidlo bien! con el sagrado deber del agradecimiento á los beneficios divinos. Dura es ciertamente, ya lo veo, la consecuencia que de aquí teneis que inferir; mas ¿por qué no nos resolvemos, así yo como vosotros, á recitar un humilde *Confiteor*, rogando á Dios que nos otorgue un pequeño